

EL ARTÍCULO DEL DÍA

Jordi Solé Tura
Diputado y dirigente del PSC.

Aznar en Tierra Santa

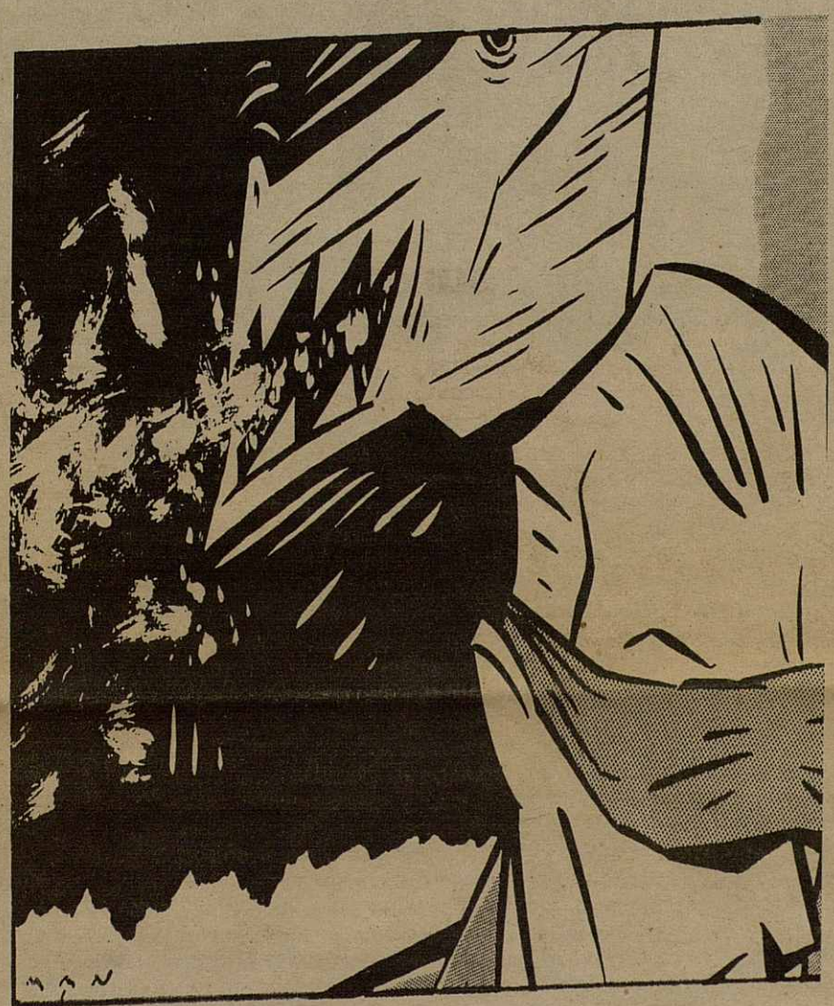
Nadie sabe para qué ha servido el viaje del presidente a Oriente Próximo. Ha pasado por allí como un turista ilustre de fin de semana y nadie se acordará de una visita que no ha aportado nada

Una de mis mayores satisfacciones cuando tuve el honor de forma parte del Gobierno socialista con **Felipe González** fue la celebración de la Conferencia de Madrid para poner de acuerdo a los líderes de Israel y Palestina, hasta entonces enemigos irreconciliables. Fue un reto enorme para nosotros, pero al mismo tiempo fue la demostración más clara y evidente del prestigio internacional del Gobierno socialista. Nos pidieron que organizáramos aquella complicada reunión en un tiempo casi imposible, con unas urgencias difíciles de aceptar y unas exigencias organizativas que sólo un gobierno muy seguro de sí mismo podía atreverse a cumplir. Todo salió perfectamente y aquella conferencia fue un hito fundamental para poner en marcha los acuerdos de paz, tan difíciles pero a la vez tan estimulantes.

Cuando parecía que aquellos acuerdos iban a asegurar, por fin, la convivencia entre israelís y palestinos la ultraderecha de Israel asesinó al máximo dirigente laborista, **Yitzhak Rabin,** uno de los artífices decisivos del histórico acuerdo, y en medio del desconcierto provocado por el asesinato consiguió ganar las elecciones generales por muy escaso margen. Con ello todo cambió: el nuevo Gobierno de derecha dirigido por **Netanyahu** dio marcha atrás, los ultras se dedicaron a hostigar a los palestinos buscando el enfrentamiento entre radicales y extremistas de ambos lados, el proceso de paz quedó paralizado y desde entonces lo que podía haber sido el comienzo de un gran avance hacia la paz y la convivencia se ha convertido en una pesadilla de odio acrecentado, de confrontación violenta, de marginación de los moderados, de provocaciones continuas y de retroceso a los peores momentos de guerra abierta entre una y otra comunidad.

Esta cerrazón de la ultraderecha israelí ha destrozado, pues, todos los esfuerzos internos e internacionales para llegar a acuerdos y asegurar la paz. El momento actual es peligrosísimo para Israel y Palestina, pero también para toda la complicada zona del Mediterráneo Oriental y del Oriente Próximo y, en definitiva, para toda la comunidad internacional, impotente para frenar la escalada de odios. Los principales dirigentes de Europa han intentado mediar con poco éxito, pero han actuado con claridad y valor, incluso en el terreno personal. No hay más que recordar las difíciles visitas del presidente de la República Francesa, **Jacques Chirac,** y del primer ministro de Gran Bretaña, **Tony Blair,** que fueron una demostración inequívoca de su rechazo a la actual situación y un mensaje también inequívoco a los líderes de Israel para que cambiasen su línea suicida.

En estas circunstancias, el presidente del Gobierno de España, **José María Aznar,** ha hecho un viaje-cito a la zona, se ha fotografiado con **Netanyahu** y **Arafat,** ha cumplido algunos rituales también de cara a la galería y no ha dicho esta boca es mía. O, más exactamente, ha abierto la boca para decir a **Netanyahu** algo así como **"todo esto está muy complicado y espero que algún día se arregle"** y a **Arafat** que **"vaya lío en el que están ustedes. Espero que todo saldrá bien".** Y adiós muy buenas. Ni siquiera ha tenido un detalle con el representante de la Unión Europea en la zona, el español **Miguel Ángel Moratinos,** persona clave para el mantenimiento de algunos puentes de diálogo en medio de la catarata de odios.



¿Para qué ha ido, pues, **Aznar** a Israel y a Palestina? ¿Qué soluciones ha aportado a la tremenda crisis de la zona? ¿Qué mensajes, qué ayudas, qué propuestas, qué sugerencias, qué apoyos? La verdad es que su paso por allí se parece más al de un turista de fin de semana que al de un presidente de Gobierno de un país importante.

Pero más allá de la mediocridad de la visita y del visitante, más allá del color absolutamente gris del viaje de Estado, lo que más llama la atención es la tremenda distancia entre el papel de nuestro país en aquella Conferencia de Madrid y en la visita de ahora. El Gobierno socialista de España era un factor esencial en la puesta en marcha del proceso de paz, un Gobierno al que las máximas instancias internacionales podían recurrir seguras de que su respuesta sería clara, segura, eficaz y fiable.

Hoy nadie sabe para qué ha servido el viaje turístico del actual presidente del Gobierno, nadie le ha pedido que vaya ni nadie le va a agradecer su inexistente aportación a la causa de la paz en aquella zona martirizada. Simplemente ha pasado por allí como podía haber pasado por cualquier otro lugar y nadie se acordará de un viaje que ni ha aportado nada, ni ha aumentado el peso específico de nuestro país en el ámbito internacional ni ha servido para crear nuevas expectativas de paz. Quizá le ha servido para hacerse cuatro o cinco fotos y para llenar un espacio en TVE, pero esto tampoco sirve de gran cosa, aparte de recordarnos lo cara que nos sale su propaganda personal.